

Testimonios de vida

San Ángel de Sicilia

Ángel se cuenta entre los primeros carmelitas que vinieron del Monte Carmelo a Sicilia, donde, según las fuentes tradicionales dignas de fe, murió en Licata a manos de hombres impíos, en la primera mitad del siglo XIII.

Venerado como mártir, muy pronto se edificó una iglesia sobre el lugar de su martirio, y allí fue colocado su cuerpo. Sólo en 1662 sus restos mortales fueron trasladados a la iglesia de los carmelitas de Licata.

El culto a san Ángel se difundió por toda la Orden y también entre el pueblo. Él y san Alberto de Trápani son considerados los “padres” de la Orden por ser los dos primeros santos que recibieron culto en la Orden, y por esto fueron representados muchas veces en la iconografía medieval al lado de la Virgen María.

En Sicilia existen muchos lugares que tienen a san Ángel como patrono, y el pueblo lo invoca en las necesidades, dirigiéndose a él con mucho afecto y cariño.

Cf.: *Santos del Carmelo*, pp. 243-247. - L. Saggi, *S. Angelo di Sicilia: studio sulla vita, devozione, folklore*, Roma, Institutum Carmelitanum, 1962. - *Figuras del Carmelo*, pp. 28-29



San Alberto de Trápani

Nació en Trápani (Sicilia) en el siglo XIII. Se distingue por la dedicación a la predicación mendicante y por la fama de sus milagros. En los años 1280 y 1289 estaba en Trápani, y poco después en Mesina. En el año 1296 gobernaba la provincia carmelita de Sicilia como provincial. Célebre por su amor apasionado a la pureza y a la oración. Murió en Mesina probablemente en 1307. Fue el primer santo que recibió culto en la Orden, y por tanto fue considerado su patrono y protector o “padre”, título que compartió con otro santo de su tiempo, Ángel de Sicilia. En el siglo XVI se estableció que cada iglesia carmelita le dedicase un altar. Muy devotos suyos fueron también santa Teresa de Jesús y santa María Magdalena de Páez.

Cf.: *Santos del Carmelo*, pp. 219-221 - *Figuras del Carmelo*, pp. 25-27

SAN ANGEL DE SICILIA († 1250)

Este santo primitivo, anterior al propio S. Alberto, tuvo más suerte en cuanto a su biografía actualizada, obra del incansable investigador P. Saggi³², quien la depuró de tantos falsos añadidos y hasta tal punto fue crítico con el santo que ocasionó incluso el que su commemoración litúrgica fuese retirada del calendario carmelitano por algún tiempo. Es otro de los santos intimamente unido a las más remotas tradiciones carmelitanas. Sin ningún género de dudas se le hace palestino puro, monje emigrado de Tierra Santa y testigo de los tristes acontecimientos de la invasión musulmana. Su presunta vinculación a la tradición hebrea le hace ser hijo de un tal Jesé; también su madre se llamaba María. Habría ingresado de carmelita en el supuesto convento de Sta. Ana, junto a la *Puerta Dorada* de la Ciudad Santa, de donde era natural.

En su vida se repitieron los prodigios de sus Santos Padres Elías y Eliseo; Cristo el Señor se le apareció para anunciarle las terribles desgracias que se avecinaban y avisarle de que huyera hacia Italia, siendo portador de ciertas reliquias entregadas en Alejandría y que habría de llevar a Roma. En la Ciudad Eterna, justo a la entrada de San Juan de Letrán, se encuentra con Francisco de Asís y Domingo de Guzmán, los santos fundadores de órdenes mendicantes; Ángel le predice al *Poverello* sus llagaz mientras que el de Asís le anuncia su próximo martirio. Por su intercesión se habría obtenido la confirmación de la Regla en 1226 por Honorio III. Y tal como le predijo Francisco, el 5 de mayo de un año incierto, hacia la mitad del siglo XIII, es herido mortalmente en Licata, ciudad cercana a Agrigento en Sicilia; un grande de aquel tiempo no resistió a las denuncias que el carmelita le hiciera públicamente por su falta de ética y le asestó un golpe mortal sobre su cabeza con un alfanje a resultas del cual murió perdonándole. Así se le representa. En el lugar mismo del martirio brotará una fuente que aún hoy existe anexionada al grandioso templo que se le erigió para su perpetua memoria³³.

³² SAGGI, LUDOVICO, *S. Angelo di Sicilia. Studio sulla vita, devozione, folklore*. Roma: Institutum Carmelitanum, 1962. Al final de su obra y como conclusión el autor apunta que, dadas las escasas noticias ciertas existentes sobre el santo, el verdadero título de su libro debería haber sido éste: «S. Angelo di Sicilia, martire carmelitano a Licata», lo que no es poco (*ibid.*, 330).

³³ El autor de esta legendaria biografía es un tal Enoch, que se dice ser carmelita y hebreo, y que mezcla datos verdaderamente ciertos, recogidos de otras fuentes, con elementos de una mitica tradición que sería incorporada a la leyenda aurea del Carmelo. El P. Saggi analiza minuciosamente esta *Vida* en un denso capítulo de su obra (*ibid.*, 35-225).

«¿Quién fue, en realidad, San Ángel?». Es la pregunta que el P. Saggi se hace al final de su obra y a la que contesta en breves páginas con los datos ciertos que de la legendaria biografía de Enoch pudo entresacar. Que siempre se le llamó San Ángel de Sicilia es cierto, y que vino de Palestina al frente de un grupo de carmelitas en la primera mitad del siglo XIII a causa de las persecuciones musulmanas, también es lo más probable; al menos no hay razones firmes para negarlo cuando las primitivas redacciones biográficas coinciden en dar estos datos como seguros. Y que uno de sus más caros apostolados fue el de la predicación comprometida evangélicamente, a causa de la cual derramó su sangre, tampoco ofrece la menor duda. Venerado por los carmelitas como santo ya en el siglo XIV, el culto de san Ángel fue difundido no solamente en el ámbito de la Orden, sino también entre los fieles. Sus reliquias, depositadas en un templo no carmelita, fueron solicitadas al papa Calixto III quien benignamente las concedió en 1457. Por ser uno de los santos primitivos del Carmelo, su popularidad va pareja con san Alberto; su iconografía es abundantísima y en tierras sicilianas se siguen celebrando en su honor grandes fiestas populares de muy rica tradición folclórica.

El mensaje que sus primeros hagiógrafos pretenden hacerle transmitir a san Ángel también es evidente: su vinculación como carmelita con Tierra Santa y sus tradiciones, su adaptación a las nuevas tierras y a la nueva cultura de Occidente (el encuentro con los santos fundadores mendicantes, la aprobación de la Regla...), y el apostolado de la Palabra como exigencia de la vida contemplativa, entregando su vida por el Evangelio. Un bolandista, el famoso P. Hipólito Delahaye, rigido depurador de todas las *leyendas hagiográficas*, escribe respecto a las mismas, que éstas encierran una verdad que va más allá de la pura fantasía: el hacernos amable y factible el espíritu evangélico, el saber perdonar las injurias, la misericordia, la mortificación..., *verdades* que están más allá de la propia historia. El P. Saggi, al terminar su estudio sobre el santo, también nos dice que en el fondo no importa demasiado lo poco que se sepa de su vida mortal, «De hecho un santo comienza a vivir —según la expresión litúrgica— el día mismo en el que muere. Y si esto es válido para la vida bienaventurada en el cielo, también vale respecto a las huellas que el santo ha dejado sobre la tierra. Huellas que también constituyen una vida que todo investigador habrá de tener en cuenta»³⁴.

³⁴ «Una vida que se manifiesta incluso externamente a través de expresiones artísticas, con frecuencia más afortunadas que los mismos trabajos de los hagiógrafos». *Ibid.*, 330.